

## ¿Enseñar filosofía hoy?

Mg. Patricia Chantefort

---

Imponderables e inquietantes preguntas: ¿enseñar filosofía hoy? y entonces ¿cómo enseñar filosofía hoy? Ambos interrogantes son inseparables y no de sencilla respuesta.

La lógica neoliberal que vivimos en este mundo globalizado no atañe ni afecta sólo a los ámbitos económicos, sociales y políticos. Quizás en ellos sea donde en mayor medida y más fácilmente pueden observarse sus influencias avasalladoras. Pero ¿el ámbito académico está exento de dicho influjo?, ¿no está también la tarea del docente afectada y subsumida bajo esa presión?, ¿no produce una precarización de la tarea intelectual?, ¿no nos convierte, a aquellos que hacemos de la actividad de reflexionar nuestra función en la sociedad en meros agentes que repiten ideas de otros?

Entonces surgen otras preguntas: ¿la filosofía perdió o corre el riesgo de perder su carácter eminentemente problematizador?, ¿lo dado como sistema cerrado hace que nos instalemos en una aparente comodidad en la que las certezas suplantando a las preguntas y que nos inhabilitan para percibir la inquietud inherente ante la existencia?

Creemos que Michel Foucault con su obra nos ofrece algunas afirmaciones al respecto. Este autor preocupado en todo el trayecto de su pensamiento por el ineludible entrecruzamiento saber/poder considera esta relación siempre anclada en prácticas discursivas y no discursivas que no eluden ni pueden hacerlo el contexto en el que se producen. Vemos cómo establece esa relación que venimos cuestionando entre filosofía y mercado, entre pensar y consumir en el mundo neoliberal. En *La inquietud por la verdad* sostiene:

“Vivimos en una sociedad donde formación, circulación y consumo del saber son algo fundamental. Si la acumulación del capital ha sido uno de los rasgos fundamentales de nuestra sociedad, no sucede de otra manera con la acumulación del saber. Ahora bien, el ejercicio, la producción, la acumulación del saber no pueden disociarse de los mecanismos del poder, con los cuales mantienen relaciones complejas que es preciso analizar”. (Foucault, 2013 (a), p.91)

La definición de qué es la filosofía y qué es un filósofo creemos que merece también ciertas reflexiones y puntualizaciones acerca de cómo los concebimos cada uno de los que ejercemos la tarea filosófica para poder, desde aquí, continuar con esta problematización.

Asumimos que la filosofía es una praxis siempre ligada a lo social, “contaminada”, “embarrada” en cada contexto geográfico e histórico. Sólo desde allí puede entenderse por

qué cada autor produjo un determinado pensamiento y por qué genera acuerdos y desacuerdos pero, también, justifica o cuestiona un determinado orden social.

José Pablo Feinmann en *La filosofía y el barro de la historia* dice:

“...Y para entender que la filosofía no piensa abstractamente sino que está hundida hasta el cuello en el barro de la historia. Pues de la historia nacen, y en la historia mueren, todas las filosofías que pretenden explicarla. [...] Los verdaderos problemas filosóficos no acosan al hombre para que los resuelva sino para que los viva.”. (Feinmann, 2011, p. 9)

¿No deberíamos convertir la tarea filosófica en algo que deje de ser inentendible y oscuro para muchos?, ¿no estamos obligados a otorgar un sentido y una relevancia a dicha actividad para que salga de su enclaustramiento y “camine por la calle”? Sin embargo, ¿no es nuestro mismo lenguaje propio generalmente críptico lo que otorga y retroalimenta la impresión de poseer un saber de manera exclusiva frente a otros y que, por ello, nos otorgan un lugar de poder, sea efectivo o simbólico? De nuevo Feinmann:

“La gente desconfiaba de esta disciplina, glorificada en otro tiempo como la reina de las ciencias, y ríe cuando se da cuenta de que los filósofos se contradicen. Es difícil hacerle entender a la gente que la filosofía, precisamente, es el arte de contradecirse uno a otro sin anularse. La sabiduría popular siempre se ha burlado y siempre se burlará de la filosofía pues la considera un saber abstracto, inconcluyente, ineficaz. Para el hombre de la calle, la filosofía no es sino la lógica de que aquel discurso que tiene por tema lo absurdo. O el arte de inventar razones para dudar de lo evidente. O peor aún: es un menú de mil páginas sin nada para comer”. (Ibíd., 2011, p. 9)

Y, entonces ¿qué entendemos por filosofía? y ¿qué es un filósofo?

Foucault, uno de los más controvertidos autores contemporáneos presenta ideas que siempre parecen inquietantes e, incluso, casi amenazadoras.

Rodrigo Castro Orellana resaltando este carácter de pensador turbador, desestructurante sostiene: “Pensar, para Foucault, significaría apostar por una revelación que el propio camino de la interrogación filosófica ofrece en el extravío de su aventura” (Castro Orellana, 2008, p.33). Y, más adelante: “Foucault quería, por el contrario, lectores que lo utilizaran, lo deformaran, lo hicieran chirriar y lo llevaran al límite; porque, como a él le gustaba decir, a la gente que se ama se la incorpora” (Ibíd., p. 41)

Y, aquí, algunas afirmaciones:

- La función de la filosofía y aquello por lo que precisamente puede definírsela es, por ser una actividad de diagnóstico, un diagnóstico del presente. Esto es lo que la constituye en tarea imprescindible para que cada presente en la particularidad de su acontecimiento se

problematico a sí mismo. En una de las entrevistas reunidas en ¿Qué es usted, profesor Foucault? afirma:

“Es muy posible que lo hago tenga algo que ver con la filosofía , sobre todo porque, al menos de Nietzsche, la filosofía tiene por tarea diagnosticar y ya no procura decir una verdad que pueda valer para todo el mundo y todos los tiempos. Intento diagnosticar, hacer un diagnóstico del presente: decir lo que somos hoy lo que significa, hoy, decir lo que decimos”.  
(Foucault, 2013(b), p.87)

- La filosofía ya no tiene por objeto supremo la búsqueda de una verdad absoluta tal como lo sostenía la tradición filosófica. La cuestión es sostener, como en el más claro sentido filosófico original, la pregunta permanente y en las posibles respuestas a las preguntas no hay acuerdo.

- La filosofía no debe juzgar ni proponer. Si aceptamos que la actividad filosófica se caracteriza por hacer un diagnóstico del presente la consecuencia es que más allá de las posibles respuestas o apreciaciones al respecto no puede esperarse que, a partir de él, se elaboren propuestas de acción ni juicios de valor rotundos. Estas apreciaciones aparecen particularmente en la crítica que Foucault hace a las ciencias humanas. Y, entonces:

“... la situación de la filosofía cambió mucho desde hace un siglo. En primer lugar, la filosofía se aligeró de toda una serie de investigaciones que constituyeron las ciencias humanas. [...] Por otra parte, perdió su estatus privilegiado en relación con el conocimiento en general y la ciencia en particular. Dejó de legislar, de juzgar. [...] El tercer cambio al que no suele prestarse atención es muy característico e importante. La filosofía dejó de ser una especulación autónoma sobre el mundo, el conocimiento o el ser humano. Se convirtió en una forma de actividad inmersa en unos cuantos dominios.” (Ibíd., p.75)

- La filosofía se constituye como uno más de tantos discursos, de tantas prácticas discursivas entrelazadas a prácticas no discursivas. Éstas últimas, fundamentalmente, otorgan a todo discurso su carácter de acontecimiento como aquello que ocurre en un momento preciso y entrecruzado por relaciones que no son sólo ni especialmente relaciones de saber sino, también, siempre y de modo inescindible relaciones de poder. Y, aquí, se puede citar:

“... todo discurso manifiesto se asienta secretamente sobre algo ya dicho; pero eso ya dicho no se limita a ser una frase ya pronunciada, un texto ya escrito, sino que es algo “jamás dicho”, un discurso sin cuerpo, una voz tan silenciosa como un soplo, una escritura que no es más que el hueco de su propia huella. [...] Es preciso acoger cada momento del discurso en su irrupción de acontecimiento [...] No hay que remitir el discurso a la remota presencia del origen: hay que tratarlo en el juego de su instancia”. (Ibíd., p.234)

Y, ahora, reflexionando acerca de nuestra posición. ¿Es oportuno darnos a nosotros mismos una forma cerrada y absoluta de comprensión?, ¿no es más productivo y enriquecedor sentirse en pleno movimiento y sumergidos en la inquietud del pensamiento que persigue respuestas y sólo encuentra preguntas? Foucault al respecto dice: “No creo que sea necesario

saber con exactitud qué soy. El interés principal de la vida y el trabajo consiste en que nos permiten llegar a ser alguien diferente del que éramos al comienzo.” (Foucault, 2013 (a): 231).

En todo caso y no sin objeciones podemos asumírnos como intelectuales aceptando las distorsiones y confusas formas de definir así a alguien, entendiendo -en todo caso y con concesiones- por intelectual a alguien que reflexiona y se piensa desde y en un determinado contexto que incluye todos los ámbitos y espacios de la vida social.

Foucault gustaba llamarse a sí mismo “experimentador” y lo compartimos. Experimentar la vida, el pensar, la realidad ¿no son acaso esas actividades más propias del ser humano? Lo dicho, lo escrito, lo pensado, lo actuado son evidentemente experiencias y, en ello reside, su valor. De cada experiencia uno sale transformado y en ello está la fecundidad de la vida. Este autor dice: “Soy un experimentador y no un teórico. [...] Soy un experimentador en el sentido de que escribo para cambiarme y no pensar lo mismo que antes”. (Ibíd., pp.33-34)

Aceptando definírnos como intelectuales y en la línea de la experimentación es una pretensión desajustada dar soluciones, proponer recetas, resolver situaciones o elaborar profecías. Creemos que cuando enseñamos filosofía debemos permitirnos y permitir a otros la tarea de pensar asumiendo que igualmente, aun intentando evadirlo, se nos otorga el rol del que sabe y ello ineludiblemente sitúa en un cierto espacio de poder pudiendo dominar y subsumir al que supuestamente no posee determinado saber.

Cuando enseñamos corremos el riesgo de ubicarnos en el lugar de las absolutas certezas, pareciera evidente que tenemos algo que decir y que hacer y que el otro no puede decir ni hacer, no estamos invitando a pensar sino obligando a escuchar, no proponemos compartir las experiencias sino imponer las nuestras entendidas como verdades que sólo pueden aceptarse por ser tales de modo evidente e incuestionable.

Es necesario, por el contrario, mostrarle al otro lo que puede, lo que sabe, recuperar las verdades que cada uno tiene acerca de problemas y circunstancias, proponer la pregunta y no imponer la respuesta, insinuar, derribar evidencias y convencimientos para construir críticas y dudas.

La enseñanza de la filosofía debe ser una situación de encuentro con el otro, con todos esos otros que en un momento se constituyen en nuestros alumnos.

Podríamos hacer una distinción para reflexionar sobre “nuestro modo de enseñar” entre “dar clases” y “hacer clases”. ¿No son estas formas diversas de expresión significativas desde el uso del mismo verbo? Cuando damos clases nos imponemos, cuando hacemos clases estoy con el otro. Cuando hacemos clases nos ubicamos en la experiencia como un experimentador más.

Y, en este punto, nos parece importante volver a Rancière en *El maestro ignorante*. ¿Ignorante porque no sabe ni puede el alumno o ignorante el docente porque no se sitúa frente al otro como dueño exclusivo de un saber y por tanto legítimo señor de ejercicio de poder?

Para este autor el punto de partida de una relación docente-alumno debe sostenerse inexorablemente en la comprensión y aceptación de que existe y se sostiene una desigualdad fundada en conveniencias y acuerdos sociales pero que, al mismo tiempo, se debe incitar e invitar a entender que aquella relación sólo es posible si se constituye desde la igualdad.

A partir de esta idea es posible oponer la nueva “razón de los iguales” a la tradicional “sociedad del menosprecio”, en el marco de la pretensión de que todo hombre fuese capaz de concebir su dignidad humana, medir su propia capacidad intelectual y decidir cómo utilizarla. En otras palabras, entendiendo que el acto del maestro que obliga -o convoca- a otra inteligencia a funcionar es independiente de la posesión del saber. Así, es posible que un ignorante permita a otro ignorante saber lo que él mismo no sabe.

Para Rancière, en consecuencia, maestro es el que mantiene al que busca en su rumbo, sin obligarlo, sin entrometerse más allá de lo necesario para no caer en un moldeamiento del otro como un ser sumiso e irreflexivo.

Un “maestro ignorante”, en consecuencia, es quien:

- Relativiza, cuestiona o elimina la explicación como recurso de aula. Dicha explicación sostenida en la suposición de que se posee un saber de manera excluyente. En términos de Foucault, podría decirse que el maestro ignorante debe concebirse más bien como experimentador. Rancière sostiene:

“...la explicación es el mito de la pedagogía, la parábola de un mundo dividido en espíritus sabios y espíritus ignorantes, espíritus maduros e inmaduros, capaces e incapaces, inteligentes y estúpidos. La trampa del explicador consiste en este doble gesto inaugural. Por un lado, es el quien decreta el comienzo absoluto: solo ahora va a comenzar el acto de aprender. Por otro lado, sobre todas las cosas que deben aprenderse, es el quien lanza ese velo de la ignorancia que luego se encargara de levantar.” (Rancière, 2002, p. 8)

- Horizontaliza la relación con el alumno y le da reciprocidad teniendo presente que el docente que pretende emancipar sabe que él también está aprendiendo, que también se está emancipando a sí mismo. Y, aquí:

“...se puede enseñar lo que se ignora si se emancipa al alumno, es decir, si se le obliga a usar su propia inteligencia. [...] Para emancipar a un ignorante, es necesario y suficiente con estar uno mismo emancipado, es decir, con ser consciente del verdadero poder del espíritu humano.” (Ibíd., p. 12)

- Pone y propone su propia subjetividad en la construcción de la relación pedagógica, especialmente al actuar basado en la confianza en las capacidades propias y las del alumno.

Entonces:

“Quien enseña sin emancipar atonta. Y quien emancipa no ha de preocuparse de lo que el emancipado debe aprender. Aprenderá lo que quiera, quizá nada. Sabrá que puede aprender *porque* la misma inteligencia actúa en todas las producciones del arte humano, que un hombre siempre puede comprender la palabra de otro hombre.”(Ibíd., p. 14)

- Trata al estudiante como un legítimo otro/diferente, en su más plena y auténtica alteridad, rechazando la habitual pretensión de los docentes de homogeneizar a sus estudiantes. “Es la toma de conciencia de esta igualdad de *naturaleza* la que se llama emancipación y la que abre la posibilidad a todo tipo de aventuras en el país del conocimiento.” (Ibíd., p. 19)

- No enseña solamente contenidos, se interroga a sí mismo y pone en acción su conciencia emancipadora a través de preguntas que apuntan a sostener la autonomía en qué se ve, qué se piensa, qué podría hacerse.

- Concibe el aprendizaje como un proceso de construcción de saberes por parte del estudiante, que recupera saberes previos, y no como un proceso mecánico de transmisión de conocimientos, sino como un proceso en que ambos actores -docente y alumno- irán tras una meta común: la emancipación. Y en relación con ello este autor sostiene:

“Sólo un hombre puede emancipar a un hombre. Sólo un individuo puede ser razonable y solamente a través de su propia razón. Hay cien maneras de instruir, y también se aprende en la escuela de los atontadores [...] Siempre nos instruimos escuchando a un hombre hablar. Un profesor no es ni más ni *menos* inteligente que otro hombre y presenta generalmente una gran cantidad de *hechos* para la observación del buscador. Pero solamente existe una manera de emancipar.”(Rancière, 2002: 56)

- Incrementa la calidad del aprendizaje al fomentar la construcción de aprendizajes autónomos y significativos, en cuanto no se trata de explicar lo que los científicos, los artistas o los filósofos dicen o hacen, sino de ser, de alguna forma, científicos, artistas o filósofos. Y dice:

“El poder de la igualdad es, al mismo tiempo, el de la dualidad y el de la comunidad. No existe inteligencia allí donde existe agregación, *atadura* de un espíritu a otro espíritu. Existe inteligencia allí donde cada uno actúa, cuenta lo que hace y da los medios para comprobar la realidad de su acción. La cosa común, colocada entre las dos inteligencias, es la prueba de esa igualdad.” (Ibíd., p. 21)

Sólo creemos que es posible enseñar filosofía hoy si somos conscientes de nuestra inclusión, no deseada pero inevitable, en este mundo que desde su lógica neoliberal globalizada nos

lleva muchas veces a olvidar que estamos sumergidos en el “barro de la historia” -al decir de Feinmann-.

Sólo podemos enseñar filosofía hoy si concebimos a la filosofía como un diagnóstico del presente y junto al otro y no enfrente.

Creemos, además, que enseñar filosofía hoy debe darse entrelazado con otras manifestaciones no sólo de la actividad del pensamiento sino también descubriendo otros espacios interiores que abren puertas, que permiten descubrir y reconocer otros intereses. Y ello es trasladado al encuentro con los alumnos implica reconocer que ese otro/alumno en su plena alteridad tiene también sus propios espacios, sus particulares gustos y peculiares inquietudes que debemos escuchar y atender.

## **Bibliografía:**

- CASTRO ORELLANA, Rodrigo. *Foucault y el cuidado de la libertad. Ética para un rostro de arena*. LOM Ediciones, Santiago, 2008.
- FEINMANN, José Pablo. *La filosofía en el barro de la historia. Del sujeto cartesiano al sujeto absoluto comunicacional*. Planeta, Buenos Aires, 2011.
- FOUCAULT, Michel. *La arqueología del saber*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2011.
- FOUCAULT, Michel. *La inquietud por la verdad. Escritos sobre la sexualidad y el sujeto*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2013. (a)
- FOUCAULT, Michel. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2010. (a)
- FOUCAULT, Michel. *¿Qué es un autor?* El cuenco de Plata, Córdoba, 2010. (b)
- FOUCAULT, Michel. *¿Qué es usted, profesor Foucault? Sobre la arqueología y su método*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2013. (b)
- RANCIÈRE, Jacques. *El maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Laertes, Barcelona, 2002.